

La estrategia de Hamlet

Presentación. Hamlet y la locura política (*)

Germán García

“Hamlet viene de Amleth, el cual procede de Amlodi, que viene de Aml-ód, a su vez oriundo de Onela, el loco”

Salvador de Madariaga

Shakespeare no es un invitado frecuente en los Escritos de J. Lacan, pero tiene el honor de ser quien recuerda que es el *fool*, tanto en la vida como en las letras, quien mantiene el lugar de la verdad. Consecuente con la observación de J. Lacan, cuando habla de las comunicaciones personales”, recuerda a Rosencrantz y Guildenstern, en quienes Goethe veía la Gesellschaft entera, la Sociedad a secas.

Acaso el poco Shakespeare se deba a que sus dramas cumplían en el medio analítico “el papel de la reprimenda para niños malos del filisteísmo”.

En El Seminario de 1958/1959 la exposición de Hamlet es homóloga al desarrollo del grafo del deseo y sirve para explorar sus diversos caminos: “Hamlet no es un caso clínico-dice Lacan-, no es un ser real, es un drama que se presenta como una placa giratoria en la que se sitúa un deseo (...) Verán que podemos hacer girar la interpretación de las palabras y los actos de Hamlet tanto hacia un lado como hacia el otro y que tendremos que captar algo más radical que el deseo tal o cual, más radical que el deseo con el ustedes distinguen a un histérico o a un obsesivo” (18/3/59) (pp. 321)

Hamlet, el *fool*, enfrenta la locura política de la generación anterior que pasó por alto los ritos funerarios y transformó en sucesión criminal el antagonismo entre una monarquía electiva y una sucesoria.

Cuando Hamlet trata de usurpador a Claudio, cuando da su ding voice –última voluntad- a Fortimbras, se coloca en la posición de la monarquía sucesoria. A la inversa, Claudio es elegido después de la muerte de su predecesor.

Hamlet, que lleva el nombre de su padre, adopta la posición del derecho sagrado, divino de los reyes. Dinamarca no era una monarquía electiva. Por otra parte, Hamlet se mueve en la contraposición de catolicismo y protestantismo, “entre Roma y Wittemberg” –según Carl Smith.

Historia Dánica

El detallado estudio con el que Salvador de Madariaga acompaña su traducción de Hamlet, ha sido elogiado por Carl Smith y criticado por muchos especialistas de Shakespeare. Madariaga tiene el interés de sortear al parecer con suerte, tanto la corriente historicista como la psicológica, para proponer un Hamlet decidido en un sentido opuesto al papel que la tradición –que habla en la voz del *ghost*- quiere hacerle jugar.

En 1582 se publicó en París el tomo quinto de las *Histoires tragiques* de F. de Belleforest, donde figura una “lastimosa novela” sobre la venganza de Amleth (escrito así).

Se trata de la fuente directa de Hamlet de Shakespeare, tomada a su vez por Belleforest de la Historia dánica –que Shakespeare podría también haber conocido- escrita en el siglo XII por Saxo Grammaticus. Se trata de una saga escandinava, quizá del origen de algún mito de la naturaleza.

Este Hamlet, simula ser un *fool* y, según Madariaga, ya se encuentra allí la acusación de incesto.

Shakespeare maneja estas fuentes con libertad y extrae su “hombre pático”: Hamlet es un loco tradicional, enloquecido por la revelación del *ghost* y, a la vez, simulando la locura para actuar con libertad: “Quede pues confianza –escribe Madariaga- que Hamlet era sobre todo loco por astucia y artificio, y que no conviene exagerar este aspecto de su carácter”.

En la interpretación de René Girard no existe la procrastinación de Hamlet.

Se trata del tedio de la venganza: “Si Shakespeare da a entender que el viejo Hamlet, el rey asesinado, era él mismo un asesino, no es obviamente sin una intención oculta. Por detestable que sea Claudio, lo parece un poco menos debido al hecho de que se mueve en el contexto de mil venganzas anteriores, es decir, de unos crímenes análogos a los suyos”.

La estrategia de Hamlet conduce a la soledad: “Buscar la originalidad en materia de venganza es una empresa inútil, pero renunciar a la venganza en un mundo que la sigue considerando un deber sagrado significa excluirse de la sociedad y volver a la nada”. De esta manera Shakespeare transformaría una típica historia de venganza en una descripción de la difícil situación del dramaturgo harto del tema de la venganza. De la misma forma, su héroe se sustrae del juego de los hermanos enemigos: Eteocles y Polinices, Jacob y Esaú, Rómulo y Remo, etc.

La subjetivación de la saga dánica producida por Shakespeare crea un *personaje*, con su enunciación particular, donde sólo existía un *actante*. A partir de ahí, lecturas.

Hacia el Hamlet de Lacan

Harold Bloom, con su persistente ambivalencia hacia el psicoanálisis, señala la reducción que Freud realiza, en algunas tramas de Shakespeare. También Carl Smith y René Girard desdeñan las elucubraciones analíticas sobre Hamlet.

Es un consenso entre los críticos literarios que el psicoanálisis no tiene nada que decir. Por su parte los analistas responden, a la defensiva, que usan las obras con fines didácticos. Pero, como al finalizar estas operaciones no agregan nada que no estuviera al comienzo, nadie les cree.

Me parece que la posición de J. Lacan es otra: se trate de Poe, Sade, Gide o Shakespeare, el texto literario se presenta como la ocasión de empujar al psicoanálisis más allá de sus límites. James Joyce fue la prueba: el psicoanálisis puede aprender algo sobre la dimensión social del síntoma y, a su vez, revelar el *sinthome* producido por la obra. En las clases sobre Hamlet dice Lacan: “El trabajo del duelo se consume en el nivel del *lógos* -digo esto por no decir en el nivel del grupo ni en el de la comunidad- por más que el grupo y la comunidad, en cuanto que culturalmente organizados, sean por supuesto sus soportes”. (pp. 372) ¿Dónde está el psicologismo? Sin duda en Harold Bloom cuando interpreta a Freud (Patricia Markowicz lo muestra), también en René Girard con sus fuegos de la envidia. Carl Smith, el teórico de la decisión, apunta a la política. Y Jacques Lacan, el hombre del deseo, un poco más allá cuando dice: “Me parece que una atenta lectura de los Sonnets, cuya audacia no imaginamos, muestra que Shakespeare ha ilustrado en su persona un punto totalmente extremo y singular del deseo” (29/4/59) (pp. 390)

Tres sonetos, en la excelente traducción de Mujica Láinez, serán una muestra y una prueba de lo que Lacan afirma.

Hamlet dice: “El cuerpo está con el rey, pero el rey no está con el cuerpo. El rey es cosa...”

Guildenstern pregunta: “¿Cosa señor?”

Y Hamlet responde: “Cosa de nada” (of nothing).

Se trata del tema de los dos cuerpos del rey estudiado por E. Kantorowicz: “Las dualidades, tomando un todo, y activas todas ellas simultáneamente en la persona de Ricardo, son aquellas que están potencialmente presentes en el Rey, el Bufón, y el Dios”. El *fool* nombrado por Lacan es el revés del Rey, el psicoanalista toma el relevo en un momento donde el cuerpo del amo es cosa... cosa de nada. Pero de una nada activa, “cada vez de una manera diferente”.